

El legado del docente universitario

Por Patricia Stuart
Rectora de la Universidad de Lima

Todos podemos recordar, con sorprendente nitidez, a un profesor que cambió nuestra vida. Quizá ya olvidamos el curso que dictaba o las lecturas que nos recomendó, pero no la conversación que despertó una vocación, la pregunta que desafió nuestras certezas o la confianza que depositó en nosotros cuando aún no éramos capaces de reconocer nuestro propio potencial. Esa es la huella más profunda que puede dejar un docente universitario.

La influencia de un maestro rara vez se comprende mientras ocurre. Cuando somos estudiantes creemos que asistimos a la universidad para adquirir los conocimientos necesarios para ejercer una profesión. Solo con el paso de los años descubrimos que también aprendimos una manera de pensar, de analizar con rigor, de dialogar con respeto, de liderar con integridad y de actuar con responsabilidad. Comprendemos entonces que la universidad no solo transmite conocimientos: forma personas.

Por ello, un docente universitario no forma únicamente economistas, abogados, ingenieros, comunicadores o arquitectos. Forma ciudadanos que tomarán decisiones capaces de transformar empresas, instituciones, comunidades y políticas públicas. Cada clase representa una conversación con quienes mañana contribuirán a construir el país. Esa responsabilidad exige mucho más que dominio disciplinario: requiere generosidad intelectual, sensibilidad humana y confianza en el potencial de los demás.

Hoy, cuando la inteligencia artificial redefine aceleradamente la forma en que aprendemos, trabajamos y producimos conocimiento, esa convicción adquiere una nueva relevancia. Si una herramienta puede responder preguntas en segundos, la misión de la universidad ya no radica solamente en transmitir información. Consiste, sobre todo, en enseñar a formular mejores preguntas, discernir entre alternativas, comprender la complejidad, deliberar éticamente y ejercer un liderazgo responsable.

Nuestro desafío no consiste únicamente en formar profesionales altamente competentes, sino personas capaces de poner el conocimiento, la innovación y la inteligencia artificial al servicio de la dignidad humana. Esa ha sido siempre la

misión más profunda de la educación superior y constituye la mejor respuesta frente a los desafíos del presente.

He tenido el privilegio de aprender de maestros como Ilse Wisotzki, Gabriela Porto de Power, Juan Abugattas y Augusto Ferrero. Más allá de sus enseñanzas académicas, me mostraron que educar significa creer en las personas incluso antes de que ellas descubran plenamente sus capacidades. Esa confianza ha orientado mi manera de entender el liderazgo universitario y reafirma mi convicción de que la educación transforma cuando se ejerce con humanidad.

Cada generación lleva consigo algo de quienes la formaron y transmite ese legado a las generaciones siguientes. Así se construye la historia de las universidades: mediante miles de encuentros cotidianos entre docentes y estudiantes cuyos efectos se proyectan mucho más allá de las aulas.

En este 11 de julio, Día del Docente Universitario, expreso mi reconocimiento a quienes han hecho de la enseñanza una auténtica vocación de vida. Su trabajo rara vez ocupa los titulares, pero sus frutos están presentes en cada profesional íntegro, en cada líder responsable y en cada ciudadano comprometido con el desarrollo del Perú.